

*La alta sociedad en la Buenos Aires de
la Belle Époque*
Leandro Losada

Buenos Aires, Siglo Veintiuno. Editora Iberoamericana, 2008, 445 páginas,
ISBN: 9789871013654

RESEÑA

Ana Leonor Romero

Universidad de
Buenos Aires -
Instituto Ravignani –
CONICET
Buenos Aires,
Argentina

[anaromero@filo.uba.
ar](mailto:anaromero@filo.uba.ar)

DOI

10.3232/RHI.2009.
V2.N2.09

En Buenos Aires, alrededor del 1900, para la *haute société* cada ocasión requería pautas específicas de vestido y comportamiento. La asistencia a las grandes fiestas y a la ópera exigía el uso de un smoking o frac; en las reuniones, en los salones privados o en el Jockey Club, estaba permitido vestir un traje más usual, como la levita. El refinamiento de las actitudes y apariencias distinguió a quienes integraron este círculo de sociabilidad exclusivo. Leandro Losada indaga, a través del análisis de la transformación de las pautas culturales, el proceso por el cual la alta sociedad de Buenos Aires delineó un conjunto de rasgos identitarios que establecieron los límites de incorporación a su círculo.

El análisis de la elite ha sido abordado generalmente desde perspectivas estructurales, que colocan el acento en su papel como partícipe de la expansión económica o de la arena política. Inscrito en la tradición de la historia social, el libro de Losada se concentra casi exclusivamente en las prácticas de la vida cotidiana de quienes conformaron, entre 1880 y 1920, uno de los actores principales de la sociedad argentina. Su trabajo constituye un aporte fundamental para la comprensión de ese período. A través de un cruce con la historia cultural propone un acercamiento a uno de los rasgos más fascinantes de las familias que lo protagonizaron: su estilo de vida.

El actor elegido, la alta sociedad de Buenos Aires, no puede definirse unilateralmente a través del origen social, la inserción económica o la actuación política y cultural de sus miembros. A diferencia de la alta sociedad de Santiago de Chile, donde hubo una superposición más clara entre la elite social y la política, o la de Río de Janeiro, donde la vinculación entre elite política y económica fue más estrecha, la composición de la *haute société* de Buenos Aires fue heterogénea. La elección del concepto de *alta sociedad*, a diferencia de clase dominante u oligarquía, subraya este aspecto. Considerada a partir de las tramas de parentesco y sociabilidad, su composición se define por la pertenencia y relaciones establecidas en un mundo social común.

La elección de la familia como unidad de investigación le permite un aprovechamiento exhaustivo de fuentes tales como las memorias escritas por los miembros de la elite, y el acceso al microcosmos de las relaciones generacionales, de género y de clase. El autor propone el examen de las trayectorias de estas familias, que consolidaron hacia 1880 la alta sociedad. Los recorridos establecen las diferencias de origen: las familias provenientes de la colonia, los inmigrantes que se insertaron exitosamente a lo largo del siglo y finalmente las elites provinciales que se instalaron en Buenos Aires con el cambio de la política a fin de siglo. La fortuna se entrelazó con la capacidad de inserción política y cultural de cada miembro, estableciendo un horizonte heterogéneo de orígenes y desempeños.

Las normas y pautas de comportamiento, como plantea el autor, demarcaron los límites de pertenencia al mundo de la *haute société*. En una sociedad como la argentina, que a finales de siglo se presentaba abierta al ascenso económico y social, los mecanismos de inclusión y exclusión resultaron necesarios para establecer las diferencias con otros sectores. Para el 1900 se incorporó un conjunto de cánones y rutinas que pautaron los comportamientos. El conocimiento y uso de estos códigos de etiqueta, como la tarjeta para anunciar la visita, denotaban el refinamiento y europeización de los miembros de la alta sociedad.

Este conjunto de prácticas nutrieron la construcción, expresión y reproducción del *status* de la *haute société* ante la sociedad. Losada reconstruye, a partir de tres variables, el proceso de afianzamiento de estas prácticas. La primera variable son los espacios de sociabilidad donde la elite trazó sus relaciones cara a cara. El escenario físico, la ciudad de Buenos Aires, se convierte en un actor de esta reconstrucción del mundo social. Cada espacio ocupó una función en la reproducción de las relaciones y la conservación del *status*: los bosques de Palermo como lugar de citas distinguidas, los clubes -el Jockey Club, el Círculo de Armas- como lugares de ocio y sociabilidad masculina, los teatros -de la Victoria, Argentino y finalmente el Colón- como espacios de sociabilidad mixtos que permitían la demostración pública de su posición social. A finales de siglo la clase alta porteña se instaló en el eje norte de la ciudad -principalmente las avenidas Alvear y Quintana- creando nuevos barrios residenciales. Sus salones, donde el control de ingreso se volvió más rígido, fueron uno de los principales escenarios de interacción.

La segunda variable es el marco temporal de este cambio cultural, fundamental para entender la transformación de las pautas de sociabilidad. Durante el momento de conformación hasta 1900, se abandonaron las costumbres criollas y se incorporó una mayor formalidad protocolar. A partir del nuevo siglo estas tendencias adquirieron magnificencia. Los requerimientos protocolares, el lujo y las conductas pautadas se mezclaron con la construcción de los ámbitos de sociabilidad, como los grandes palacios. Durante este período la alta sociedad dejó de participar en actividades como las festividades de carnaval -los juegos de agua ya no coincidían con los gustos sofisticados- y consolidó otro tipo de esparcimientos. Ganaron terreno los paseos de carruajes los jueves y domingos en los bosques de Palermo, que involucraron también a quienes los observaban y refrendaban su papel como referente de gustos y modales. En el tercer momento, durante la primera posguerra, se percibió la erosión de este rol de la alta sociedad así como su pérdida del control exclusivo sobre los códigos de etiqueta.

Finalmente, las convenciones sociales son la tercera variable para comprender la dinámica del mundo social y de los valores que lo regían. La familia, núcleo de este entramado, condensa las normas morales puestas en juego. La conservación del apellido, que sintetiza el honor familiar, fue el principal valor transmitido en la crianza. Para las mujeres el matrimonio constituía el paso entre la vida social de la juventud, destinada a buscar marido dentro del mundo establecido, y su consagración a la vida familiar, crianza de los niños, manejo de la casa y de las reuniones de salón. El hombre, a pesar de ser el responsable del apellido, gozaba de una mayor libertad. El viaje a Europa, el *grand tour*, fue su rito de pasaje entre la juventud y la adultez. La visita al viejo continente reunió la posibilidad de una vida disipada con la de la educación civilizatoria. Esta tensión entre refinamiento y derroche formó parte del universo de valores que orientaron los comportamientos de la alta sociedad. El consumo de productos de lujo, la incorporación de menús franceses, la práctica de deportes extremos y costosos, como el automovilismo, retrataron un estilo de vida refinado y suntuoso. La capacidad de la elite para convertirse en referente de las buenas costumbres se basó en este poder de ostentación. Esta imagen ambigua, de consumo decadente y refinamiento, fue parte del clima de aceptación y rechazo de la alta sociedad que, hasta la Primera Guerra Mundial, fue el referente indiscutido de la vida social de Buenos Aires.

Este análisis, concentrado casi exclusivamente en las prácticas de la vida cotidiana, ofrece un lente privilegiado para recuperar algunos problemas que el enfoque exclusivo en la política deja escondidos. Uno de los puntos más interesantes del trabajo de Losada consiste en señalar el peso que la educación moral católica tuvo en la alta sociedad de Buenos Aires. En el contexto de las reformas laicas, la presencia de la educación católica, ya sea en la casa a cargo de la madre o en distintos colegios privados, le permite al autor sugerir una continuidad de las prácticas y creencias con el resurgimiento del movimiento católico en los años veinte, más allá de las transformaciones propias del Estado.

Un segundo aspecto interesante consiste en el impacto de la transformación política, producto del triunfo del Partido Autonomista Nacional en 1880 y la instauración del *régimen conservador*, en la vida social de Buenos Aires. El tema de la llegada al poder de una alianza de elites provinciales, central en los debates de la historiografía sobre el período, es abordado a partir de la instalación de las familias de las provincias en la capital política del país. El análisis de su inserción en el mundo de la alta sociedad, sus alcances y límites, contribuye a mostrar las fracturas internas que recorrieron la denominada oligarquía política. Al subrayar la falta de correspondencia directa entre la elite social y la política, Losada pone de manifiesto la presencia de rupturas en el interior de la elite gobernante.

Finalmente, uno de los aportes más interesantes de la propuesta es la caracterización de este mundo social como una *feria de vanidades*. El campo de competencia por el prestigio colocó en juego el honor y la reputación de sus miembros. Este campo de batalla del comportamiento ofrece una interesante perspectiva para pensar cuáles fueron los conflictos que atravesaron este mundo social cuya imagen era de armonía y control de las pasiones. *La alta sociedad en la Buenos Aires de la Belle Époque* habilita la reconsideración bajo una nueva perspectiva de los problemas cruciales del fin de siglo argentino. Su lectura es indispensable.